

CARA & CARA

CON

Pelayo Martínez Paricio

Tercer piso. Un vestíbulo pequeño y cuadros en las paredes, muchos cuadros. Apenas queda un rincón sin un marco colgado. Todo denota exquisito gusto artístico. A la izquierda, unos escalones nos llevan a su estudio. Más cuadros, fotografías, figuras estanterías repletas de libros y papeles sobre su tablero de trabajo. Frente al mismo, una ventana divisa un panorama espléndido; su altitud le coloca por encima del resto urbano de la ciudad en este sector y el horizonte se pierde en la lejana naturaleza.

—Buena vista.

—Mire, por allí hasta se divisa la montaña de la "Mare de Déu del Mont".

Todo tiene un aspecto acogedor. Los motivos decorativos, los muebles, el mismo techo escasamente alto...

—No puedo resistir los techos muy altos; así me concentro más.

Todo forma un simpático y acogedor aposento. En él trabaja el Sr. D. Pelayo Martínez Paricio, Arquitecto y Profesor de la Escuela Superior de Arquitectura de Barcelona. Figuerense de nacimiento (15 de octubre de 1898) y figuerense de todo corazón.

SIN INFLUENCIAS

—¿Nació en esta misma casa?

—Al lado, en la misma calle San Pablo.

—¿Su padre?

—Médico

—¿Sin influencia familiar en lo de arquitecto.

—Mi padre tenía una gran habilidad para el dibujo; tal vez eso influyó.

—De pequeño ¿pensó usted en ser arquitecto?

—Fuí arquitecto no sé por qué; son cosas que suceden así, sin saber uno casi el motivo de sus causas.

—¿Sus estudios?

—Bachiller en Figueras y estudios superiores en Barcelona. Una vez terminados, vuelta a Figueras.

—¿Cuántos arquitectos había entonces en nuestra ciudad?

—El Sr. Giral, arquitecto Municipal, y yo Estuve un año y tuve que marchar a Africa.

—¿Alguna obra?

—Verá; vino una movilización militar y a mi que debía terminar el período de servicio en aquel verano, me reclutaron con destino a Marruecos. Mi primera obra estaba ya en marcha y hubo de continuarse sin mi presencia. ¡Ah! En Africa, soldado; no llegué a cabo; pocas aptitudes

SENDA PROFESIONAL

—¿Recuerda su primer trabajo?

—La tienda. El Transwaal. Casi conjuntamente, el Café Emporium, en unas cuadras que formaban los bajos del Hotel París. Esos trabajos, con la gran ilusión que había puesto en ellos, se terminaron estando yo en Africa.

—¿Sus mejores obras?

—Destaque el Palacio de las Artes Gráficas, en la Exposición de Barcelona, hoy Museo Arqueológico. Mírele. (En la pared hay dos fotografías del mismo.) Este es el proyecto, y ahí, una vez ya terminado. A pesar de que debía ser una cosa eventual, sigue en perfecto estado. Ponga también la decoración del vestíbulo y restaurante de la Estación de la Renfe de Barcelona. Fué proyecto de Durán Reynals y mío. Sin embargo no nos fué encargada la dirección de aquellas obras.

—¿La obra más apreciada?

—Muchas. Todas se hacen con el mismo cariño e ilusión. Ahora, si me pide que obras reformaría, varias. A veces las realidades no aparecen como uno busca, pues no acaba de encontrarse lo que se desea.



CAMINOS DIVERGENTES

—¿Ha variado el sentido arquitectónico desde entonces?

—Ahora es un concepto diferente, de otra apreciación. Ha evolucionado al marchar paralelo este sentido con la manera social de vivir.

—¿Un momento difícil?

—¿En qué sentido?

—Indecisión por dos etapas arquitectónicas diferentes, por ejemplo.

—Ahora lo pasamos. Se han descubierto nuevas materias, nuevas modalidades, y se buscan tenazmente las posibilidades de este filón

—¿Las modas espontáneas son peligrosas?

—Es algo que debe servir de lección para los jóvenes y que trato de inculcarles siempre; que la arquitectura no es cosa de modas. Un vestido de señora puede seguir la moda, porque dura un año; un traje de caballero ya es más serio. Un edificio perdura y no valen modas espontáneas. Deben hacerse con mucha inteligencia, porque es una gran responsabilidad que se contrae.

—¿Exige mucho esfuerzo la concepción de la obra?

—Mucho estudio. Es un trabajo muy agradable pero muy laborioso. Nosotros no podemos hacer como el pintor-artista que él se lo hace todo; necesitamos colaboración y a veces una mala interpretación nos produce un gran disgusto.

LA CIUDAD

—¿Su juicio de Figueras, en sentido urbano?

—Pasa por la prueba de todas las ciudades, que es la producida por la vigente Ley de Arrendamientos Urbanos, que retrae a los propietarios a la construcción de nuevas viviendas. Por eso no se construye —por sus escasas ventajas— y Figueras sufre esta crisis.

—¿Y en sentido arquitectónico?

—La presencia del arquitecto ha cambiado a Figueras de su concepto de pueblo grande a ciudad.

—¿Un defecto de ella?

—Su excesivo perímetro, que hace que la ciudad se vaya extendiendo hacia las afueras, y queden dentro del casco urbano muchos solares edificadas a escasa altura. Los dos medios, solar y construcción, pierden así mucho valor. Habría que centrar la construcción, estimulando por ejemplo la altura, pero siempre en función de la anchura de la calle, incluso hasta condonando los arbitrios municipales, por cuanto el Ayuntamiento saldría beneficiado en ello

—Tenemos 13 kilómetros de calles...

—Por eso mismo Ello obliga a una serie de servicios municipales de mayor envergadura a lo deseable.

EXPOSICIÓN

Damos una ojeada por su centro de trabajo.

—Mire, este cuadro es de Reig, este otro de Colom; ésta es una mascarilla de un gran amigo y compañero de profesión...

Vamos desgranando toda su exposición artística.

—Ahí, esta fotografía del proyecto que hice de la casa de los Sres. Gimbernat, en la carretera nueva, proyecto que aprecio mucho.

—¿Habrá gastado una gran cantidad de papel en toda su vida?

—Cantidades enormes; una verdadera montaña. Apenas me dejan paso para entrar en mi archivo.

Sigue la ojeada a la decoración del vestíbulo. Todo es realmente agradable, de muy buen gusto. La impresión no puede ser mejor.

JOSÉ M. BERNILS